



Erilla, año XXI, N: 4579, 25 de agosto de 1965.

Así Era Mi Amigo, Don Pancho Encina,

Por Eduardo Moore Montero
Especial para "ERILLA"



DESPUENTABA YA LA PRIMAVERA. Los primeros rayos del sol hacían verdear las laderas empinadas donde el pastizo se apretaba entre ríos y matas de quillayes y maitenes. La jauría ladraba en la leña cerrea; firme en la buelca. Rodeando la pequeña fogata nos defendíamos del frío, atentos al desarrollo de la escoria. Alguien advirtió: —"La que ladra tapidito es la Corneta. Va punteando sobrero..." es la suya, Don Pancho". El aludido sobaba las vueltas de un lazo de cuero pelado para calentar las dedos. No hizo ningún comentario.

Después de un silencio en que los oídos atentos descubrían el concierto de ladridos, que el viento acercaba o alejaba, don Pancho se puso de pie y se alejó unos pasos del grupo. Sin volver el semblante hacia nosotros advirtió con voz que seguía que aprobaba premurosas las palabras.

—"Ahora sí, jóvenes lo llevan cerca. La Castaña pesó a la punta y va virando el surro; cambió de ladrido. Rapidamente nos incorporamos procurando captar detalles de las lumbres finales. Ahora "la cudiella" se abría en abanico y se precipitaba en acometida ancha hacia el fondo de la quebrada. Después hubo un silencio de silencio y respiró largo, rondo, el toque de corneta del "placido".

—[Pillado]... exclamó alborozado don Pancho. Y nos acercamos al grupo de caballos que nos esperaban cerca de la fogata.

A la hora del almuerzo, en el comedor de la vieja casona de "Los Maquis" propiedad de don José María Hurtado don Pancho refirió la palabra. Durante la recurrencia se había conversado poco. Ahora podíamos escucharle tranquilo. Su charla era sintomática, ensimismada, sin vacilaciones ni prepotencias y transapada de una ebullencia tan sabrosa y edificante a la vez, se le podía escuchar horas que pasaban sin sentirlas. Abordaba los temas más variados, salpicados de recuerdos y anécdotas históricas, y relataba en su memoria prodigiosa fechas, nombres, lugares y episodios. Yo lo conocía sólo desde ese amanecer cuando partimos de la hacienda. "Val", donde pernocté con mis familiares, a regiminos en el cerro "Nerquén" donde estaban citadas cudiellas de perros terrores. Era un colcho muy esperado, y don Pancho se hizo presente con tres perritas de buena procedencia.

A qué hora lela me hombre afeitado en las labores de un fundo veci-

no, y de otras grandes haciendas que arrendaba en el norte y en el sur del país? ¿Cómo había logrado formar esta maciza cultura que evidenciaba?

Lo volví a encontrar en un rodeo al año siguiente y lo en la mediana del fundo que explotaba en sociedad con su cuñado Guillermo Werken, en las vecindades de la estación Colchagua. Yo iba muy preocupado por la calidad de

los fincos, invitados, mejor dicho, por la excelencia de sus caballos. ¿Logría comportarse discretamente un yegua "Alcizar" nacida y criada en las serranías costinas de Parícutos, y sin otra escuela que la escuela de la de mis piernas y monedas?

Cuando entré al "apinadero" y elegí a mi novillo, el compañero que me había parecido me advirtió: "Abi en la ramada de la tribuna hay un caballero medio veterano que está hablando de usted porque lo mira, sonriendo". Era don Francisco Encina. El milano de la recurrencia. ¿Qué estaría pensando de mí y de mis posibilidades? De pasaditas, y almeado a la quinchita, lo saludé con respeto y cariño. Me inspiraba admiración ese "chileno" tan inteligente, rebosando calor humano y comprensión de las cosas de su tierra; juvenil como pones a la altura de sus años maduros. ¿Qué agüño le merecería yo? Y partí espoleado con furia a mi reguila muñeta y logrando una atajada más que regular. Cuando me incorporé al grupo de los "criticos" bajo la ramada donde estaban preparando el almuerzo, don Pancho me recibió con un abrazo.

—"Conque la "Alcizar" amigazo costino. Ya ya lo sé todo: es nieto del "Quante", el potro que Ramón Eguren se llevó a la "Quiseria" sus hacienda vecina a la suya, pues. Mire: el "Quante" es de los potros chilenos que han sostenido una línea más parecida en sus descendencias".

Y así agüño la charla: estimulante, cálida, sin términos rebasados, haciendo fáciles y comprensibles los temas en su lógico desarrollo.

A todo esto yo ignoraba, como muchos de los presentes, que nuestro cam-



El último camino.

La mirada que escuchó nuestra Historia.

Los Mitos...

(Viene de la vuelta)

¿Por qué, por fin, tras esos preciosos símbolos milenarios, tangentes, repetidos? El enano sobre su tarima con los brazos en cruz. En cruz. No fue el hombre, entonces, quien creó el símbolo, sino opusculamente lo extrajo de su espíritu? Tal piensa Freud.

Surgiendo de un hongo

Finalmente, ¿de dónde vino mi enano? Del fondo de la noche de los siglos, de los cueros infantiles, ese último vestigio de los más antiguos mitos que no respaldando ya creencias de multitudes, se han trocado en fórmulas de apariencia inocente que fascinan hoy el crecimiento de los niños, tal como fascinaron al hombre, cuando estaba en crecimiento su cultura. Mezcla de hecho y brujería, de ilusión y experiencia, que bajo una tenue alegoría esconden en embudo las pasiones, traumas, terrores e ídolos que recién devela la psicología.

Desentratado como simples, son sombras encarnaciones del inconsciente, con toda su pleyade de fantasmas y anhelos; sus gigantes son representaciones de nuestro super-yo; las ha-

das, nuestra esperanza de milagros; los príncipes apuestos y asexuados, aquel oculto anhelo de permanecer jóvenes y sin melancolía; los cerros, insaciables devoradores de docenas, son la imagen de nuestros instintos carnales...

...y los enanos. Llámense gnomos, duendes, o sifos. Diminutos y ambiguos personajes, surgidos de las entrañas de la tierra, sabios y bondadosos o perversos y ladinos, son mensajeros de mal o portadores de bien. En su forma de duendes rodean los pueblos por la noche (Por la noche, ya la hora de los sueños). En las leyendas nórdicas eran los guardianes del oculto tesoro subterráneo (el tesoro que yacía debajo) o herreros que amolaban luego a sus fraguas de roca ("Los Nibelungos"). En "Blancanieves" representan las fuerzas de la naturaleza. Fragua, fuerza. Todos ellos, parecen descender de aquel personaje mágico cuyo nombre nadie conocía, residiendo precisamente en ello su poder. Cada noche, junto a un fuego, su nombre repetía, mas como nadie lo escuchaba, él continuaba su dominio sobre los hombres. Hasta que cierta vez accedió a pasar un leñador (símbolo de evolución, el que destruye para construir), oyó su canto y lo capturó.

—Tu te llamas Rumpelstilgen —le dijo.

Al oírlo, dando un grito, el poderoso gnomo, partiéndose en dos, desapareció.

de la faz terrestre. ¿Dónde está la morada del relato? Parece no tenerla. Sin embargo, si lo analizamos como una historia en clave sobre el alma, la realidad y lo invisible que, tras descubiertos, se abren con el cuerpo —parlencio en don—, su sentido se aclara. El enano siempre fue símbolo del alma que, de tan frágil, necesita estar oculta.

Sueño, leyenda, creencia, inconsciente, destino, fuerza, mito, realidad, sueño, leyenda, creencia: rueda siempre girante del género de lo fantástico. ¿Cómo lucharon los primitivos pueblos aquellos sicofanías-antes-del-gigantismo?

Los alucinógenos han sido utilizados como sueros de visión desde hace milenios. ¿Fui yo el primero en ver un enano? En medio de las estepas siberianas, una de calañas tan remotas, crece un alucinógeno: tiene forma de hongo, su capuchón es rojo con lunetas blancas. Capuchón rojo, lunetas blancas, ¿no dibujan así los hongos donde moran las enanitas, desde los grabados de los cuevas de las primeras tradiciones?

Silencio

De pronto descubrí que el doctor se había marchado. Mis oídos recordaron haber escuchado su peso leve, en puntillas, como si temiera despertarme.

Más tarde, el giro de la cerradura de la puerta. Habrá traicionado el umbral en sentido contrario a como lo había hecho nueve horas antes. Una pausa. Las puertas del silencio se cerraban.

Míre mi reloj. Eran las 3.30 de la madrugada.

Llégué hasta la ventana. Descubrí las cortinas. Frente a mí continuaba el vacío. Pero ahora también había edificios.

Ya en mí no debía haber rastros de yagá. Se habría hecho médula, intestino, cuerpo. O sueño.

La avenida estaba repleta de ventanas. Bloques de concreto con huecos transparentes. Sin luces. Todos dormían. Abajo, cuatro hombres se encontraban en la esquina. Parecían conversar. Se marcharon.

Estaba muy cansado.

Di un paso hacia la cama. Nada existe. Avanzamos en la nada, donde lo único que existe es el movimiento.

Me tumbé sobre mi cama. Hasta mi oído llegó un chirrido monótono y reiterativo. El plato de mi coedición, consensada la grabación, quise cuánto sueño, continuaba girando. La aguja saltaba del último giro a la etapa, rebotaba ahí, y volvía a caer en el último giro.

Me cubí con unas frazadas. Me eché a dormir.

Así era mi amigo, don Pancho Encina [artículo] Eduardo Moore Montero.

AUTORÍA

Moore Montero, Eduardo, 1896-1977

FECHA DE PUBLICACIÓN

1965

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Así era mi amigo, don Pancho Encina [artículo] Eduardo Moore Montero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile